



decíamos ayer

Continuamos, en "Decíamos ayer", ofreciéndos artículos rescatados de anteriores ediciones de Rojo y Negro. Este mes os traemos dos especialmente significativos en los tiempos que corren. En primer lugar, tenemos un artículo que apareció a finales de 1993, en un especial sobre otra crisis del sistema capitalista que también dio qué hablar. Como véis, nada nuevo bajo el sol. Y esta misma frase se puede aplicar también al segundo de nuestros artículos "rescados", con el que abrimos

la sección de "laboral" del número 43 titulado "Ya somos 3.000.000", en alusión al número de parados. No, si va a tener razón Nietzsche con lo de "el eterno retorno". Bueno, estos artículos recuperados nos vienen muy bien para probar que lo que decimos es verdad: las crisis, en el sistema capitalista son cíclicas. ¿Recuerdas algún artículo que te parezca interesante para traerlo de nuevo a estas páginas? Haznos llegar el título y el número en que apareció al correo: prensa@cgt.org.es

La recesión no baja del cielo

El cómo y el por qué de la situación económica

NÚMERO EXTRAORDINARIO ■ Rojo y Negro. Finales de 1993



Llevamos ya tiempo metidos en una crisis a escala mundial. El capitalismo -y de paso también todos nosotros- se halla inmerso en un período recesivo caracterizado por su extensión y profundidad. El capital está en crisis, y nosotros también. Treinta millones de parados en los países desarrollados - diecisiete de ellos en los países de la CEE- expresan la entidad de la situación. Por su parte, en los países del tercer mundo se profundiza el subdesarrollo y el retroceso económico y su secuela de hambres, guerras, enfermedades, emigración,

miseria y muerte. Pero la crisis no viene así como así. Es precisamente el carácter internacional y la extensión de la crisis actual lo que hace que nos la presenten como algo inevitable, algo contra lo que no se puede luchar. Pero eso no es cierto. La crisis actual, la recesión, el frenazo, es consecuencia de una política muy concreta: la política neoliberal que impulsaron los diversos gobiernos occidentales en los últimos años. Esa política se centra en medidas monetaristas que aseguren el beneficio empresarial, pensando

que ahí radica la reactivación económica. Lo cierto es que enriquecimiento no significa desarrollo, y de eso sabemos mucho aquí. En los últimos años se han enriquecido los especuladores, no se ha creado ni riqueza social ni puestos de trabajo. Muy al contrario, se ha llevado a cabo un duro ataque contra el bienestar de la mayoría social, recortando la inversión pública en infraestructuras (transporte, vías de comunicación...) y en bienes y servicios sociales (vivienda, sanidad, educación, protección social...).

¿Quién se beneficia con la crisis?

Aunque la crisis es para todos, dependiendo de la habilidad para instalarse dentro de la misma, tenemos que unos la sufrimos y otros la acaban aprovechando en su beneficio. Porque lo cierto es que el mismo que provoca ésta y otros tantas crisis, el capital, se vale de la psicosis que crea la misma para mejorar su posición.

Es fácil advertir cómo de la mano de la invocación constante a la crisis nos introducen en las empresas la eventualidad y la precarización del empleo, nos imponen recortes y congelaciones salariales, endurecen las condiciones del trabajo, recortan las prestaciones sociales y nos amenazan constantemente con el expediente, el cierre y el despido. El miedo que trae la crisis extiende la resignación entre los trabajadores. Por su parte, el sindicalismo, sobre todo el oficial, se muestra más receptivo a aceptar expedientes de crisis en las empresas. Las multinacionales, por último, y al amparo de esta situación, transforman por completo los sistemas de trabajo, y la Administración se pliega en su política económica y legal a esas presiones patronales. Así, los expedientes de regulación los acepta con facilidad, igual que las modificaciones en los sistemas de trabajo, y se muestra cada vez más partidaria de aplicar estrategias que le dictan las empresas: liberación del mercado de trabajo (o despidos más libres, hablando claro), movilidad funcional y geográfica...

La presión que ejercen sobre las economías obreras quienes sacan partido a la crisis se dirigen también hacia el recorte y limitación de los derechos sindicales y de las libertades públicas, que acallar la protes-

ta que provoca el endurecimiento de la situación. Para ello, manipulan la inseguridad ciudadana provocada directamente por la dualización social y por el empobrecimiento de importantes capas sociales, y justifican leyes Corcuera y restricciones de la libertad. El Estado policial es el compañero inseparable de la injusticia. No puede ser de otra manera. El Estado social de ayer, implicado hasta cierto nivel en la corrección de la desigualdad social, es nuestro Estado policial de hoy. Por su parte, en el plano internacional, en el Tercer Mundo, semejante situación parece demandar -y así lo disponen rápidamente- cada vez más militarismo y más intervención exterior. En definitiva, la crisis, efectivamente, no es un problema de mala suerte, o no nos cae del cielo con la misma gratuidad que la lluvia. La crisis está provocada por una determinada política, es instrumentalizada mientras dura para limitar nuestros derechos y endurecer nuestras condiciones de vida, y si algo no lo impide, permite al capital reciclar parte de sus estructuras y prepararse para un nuevo futuro desarrollista. En ese camino suelen quedarse conquistadas sociales y obreras que ya nunca más vuelven a recuperarse.

La trampa es vieja, tan vieja como el capitalismo: reducirlo todo a economía para que sólo unos pocos puedan hablar, y que puedan hacerlo como quien maneja la ciencia más pura y exacta. Sin embargo, detrás y delante de la economía está la realidad social, estamos nosotros, y cada decisión económica es una decisión social que se toma en un sentido u otro dependiendo de qué parte de la sociedad apriete más. Evidentemente, el mundo del trabajo está llamado a ser pulso.

Las cifras de desempleo vuelven a poner de manifiesto la errática política económica del Gobierno

Ya somos 3.000.000

PORTADA LABORAL/SINDICAL ■ Número 43. Rojo y Negro. Marzo 1993

3.047.120 exactamente, a finales de 1992. El 20,06% de la población activa. Sólo en el último año se perdieron más de cuatrocientos mil empleos; de ellos, más de la mitad en el último trimestre del 92. El conocimiento de la noticia provocó el solchaga una referencia a la tristeza y a la preocupación, para a continuación señalar que "las empresas se están ajustando al cambio del mercado de bienes y servicios a través de ajustes de empleo". O sea, que las empresas, en lugar de ser imaginativas, reciclarse, tratar de introducirse en nuevos mercados, ser competitivas, etc, se han dedicado a una sola disciplina: destruir empleo a punta y pala para así ahorrar costos. Ejemplar este empresariado patrio. La situación reclama urgencias



y ahora viene el ministro del ramo a desfacer el entuerto que creó con su abanico de contrataciones a la carta. Ahora cree que hay que primar el empleo estable. Justo lo contrario de hace unos meses. Ahora, apretar clavijas podrá resultar electoral, pero no por ello se animarán

las empresas a la contratación de trabajadores. No vamos a decir que esto ya lo habíamos previsto nosotros. No lo vamos a decir porque, en realidad, lo había previsto todo el mundo. Aún con todo, la previsión se quedó corta, y don Carlos sigue en el mismo lugar.

